



La Santa Sede

VISITA DE JUAN PABLO II AL SANTUARIO DE POMPEYA

ÁNGELUS

Domingo 21 de octubre de 1979

Siento hoy una gran alegría porque puedo rezar la oración del *Ángelus*, junto con vosotros, aquí, en el santuario dedicado a la Virgen de Pompeya.

1. Hay un vínculo muy estrecho entre el *Ángelus* y el *Rosario*, oraciones, una y otra, eminentemente *cristológicas* y, al mismo tiempo, *marianas*: efectivamente, nos hacen contemplar y profundizar los misterios de la historia de la salvación, en los que María está íntimamente unida a su Hijo Jesús. Y en este santuario resuena perennemente el Rosario, la oración mariana sencilla, humilde -pero no por esto menos rica de contenidos bíblicos y teológicos- y tan querida, en su larga historia para los fieles de toda clase y condición, unidos en la profesión de fe en Cristo, muerto y resucitado por nuestra salvación.

Este lugar consagrado a la oración, nació de la mente y del corazón de un gran laico, el Venerable Bartolo Longo, que vivió entre el siglo pasado y el actual, por lo tanto un contemporáneo nuestro: él quiso levantar un templo, donde fuesen proclamadas las glorias de la Madre de Dios y donde el hombre pudiese encontrar refugio, consuelo, esperanza y certidumbre.

Dentro de unos instantes rezaremos juntos el *Ángelus*, que nos recuerda el anuncio gozoso del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios; lo rezaremos con una particular intensidad y devoción, porque queremos proclamar juntos nuestra fe cristiana y, además dar gracias a Dios por las maravillas que ha hecho y continúa haciendo por la intercesión de María Santísima, a la que manifestaremos toda nuestra veneración filial.

2. A esta proclamación de fe, a esta profesión de veneración por la Santísima Virgen, quiero invitar en este momento y en estas circunstancias, de manera particular, a los millares de jóvenes

que están presentes en esta plaza, especialmente a los miembros de la Acción Católica Italiana de la región de Campania.

Queridísimos jóvenes: ¡Vuestra presencia, tan numerosa, y vuestro entusiasmo incontenible son la confirmación de que el mensaje de Cristo no es un mensaje de muerte, sino de vida; no de vejez, sino de novedad; no de tristeza, sino de alegría! ¡Decid todo esto a vuestros coetáneos, a todos los hombres, con vuestros cantos, con vuestros ideales, pero especialmente con vuestra vida! "El desierto se torne en vergel", había dicho el Profeta Isaías, hablando de los tiempos mesiánicos (*Is 32, 15*). Si nosotros dirigimos una mirada a esta zona, encontramos ruinas impresionantes de la antigua ciudad de los templos romanos, reducida a una ciudad "muerta" y "de muerte", por la terrible erupción del año 79 después de Cristo. Pero donde parecía dominar la muerte, después de casi 1800 años, comenzó a florecer, como un jardín espiritual, este santuario, centro de la vida eucarística y mariana, signo profético de esa plenitud que Jesús ha venido a traernos y a comunicarnos.

Jóvenes queridísimos: ¡Mirad a María! ¡Amad a María! ¡Imitad a María! Imitad su total apertura a Dios, de quien Ella se profesa "esclava" disponible y obediente; su silenciosa, generosa y activa apertura a los hermanos y hermanas, necesitados de ayuda, de asistencia, de consuelo; su continuo perseverante, "seguimiento" del Hijo Jesús, desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario.

¡La Virgen os sonría y os proteja siempre!